

HIJAS DE UN SUEÑO

MARÍA JESÚS LÓPEZ SÁNCHEZ-VIZCAÍNO
Universidad de Córdoba

La colección de cuentos *Hijas de un sueño*,¹ escrita por el autor granadino y Profesor Titular de Filología Inglesa de la Universidad de Granada, Gerardo Rodríguez Salas, irrumpe con fuerza en el panorama literario actual español, con una propuesta fresca a la vez que sofisticada en la que convergen diferentes influencias literarias, corrientes crítico-teóricas, técnicas narrativas y preocupaciones sociales e ideológicas. La estructura formal y narrativa de la colección –doce cuentos que pueden ser leídos de manera independiente, pero que guardan conexiones más o menos explícitas entre sí– produce un efecto caleidoscópico de *collage* de imágenes, voces y espacios, una multilinealidad que se halla, no obstante, firmemente anclada en un lugar –el pueblo imaginario de Candiles, donde varios de los relatos tienen lugar– y en lo que funciona como una suerte de metarrelato: las historias de mujeres y sobre mujeres.

A pesar de ser la primera incursión de Rodríguez Salas en el mundo de la creación literaria, *Hijas de un sueño* ha recibido numerosas respuestas críticas, en revistas como *La Palabra* (Colombia), *Raudem: Revista de Estudios de las Mujeres*, *Infolibre* o *La Voz del Norte* (México), o en diversos medios impresos y electrónicos. Es especialmente reseñable el hecho de que la escritora australiana Carmel Bird, ganadora del Patrick White Award en 2016, haya escrito una reseña del libro en su página web y realizado una traducción al inglés del relato «Todas las almas», así como que el libro cuente con un Prólogo de Ángeles Mora, Premio Nacional de la Crítica y Premio Nacional de Poesía en España en 2016.

Muchas de estas reseñas sitúan *Hijas de un sueño* dentro de una corriente literaria neorrealista, calificando Candiles de «Macondo andaluz». Yo hablaría, sin embargo, de «Macondo granaíno», o más aún, de «Macondo alpujarreño», puesto que es este precisamente uno de los aspectos más encomiables de esta obra: el modo fidedigno en que reproduce las costumbres, objetos cotidianos, comidas y demás elementos del estilo de vida propio de un lugar muy concreto, el de la Alpujarra de Granada. A

¹ Gerardo Rodríguez Salas, *Hijas de un sueño*, Prólogo de Ángeles Mora, Granada, Esdrújula Ediciones, 2017, 152 págs.

ello se le añade la autenticidad y espontaneidad con que Rodríguez Salas consigue reproducir no el habla andaluza como generalidad, sino la pronunciación, cadencias y términos propios del habla tradicional alpujarreña. El/a lector/a se ve inmerso/a en dicho universo oral desde las primeras palabras que escuchamos en el libro, pronunciadas por sor Vicenta: «Mama, deja de mirar la venta y come una mititilla» (17). La inmediatez y frescura de esta dimensión oral popular alcanza su culmen en «Aceite y jabón», escrito en su totalidad como un soliloquio que dirige una abuela a su nieto, quizá la matriarca a quien velaban sus tres hijas, Vicenta, Reme y Matilde, en el primer relato del libro: «Mira que te diga, niño, en mi casa nunca va a faltar aceite y jabón» (119).

Pero *Hijas de un sueño*, cuyos cuentos tienen lugar no sólo en Candiles, sino también en otros espacios, como Barcelona o Nueva York, no funciona como una mera crónica rural. Para comenzar su Prólogo, Mora elige una frase del primer relato de la colección y que da nombre a la misma, «La vida es como un telar que va tejiendo historias» (34), una frase que ciertamente funciona como una excelente introducción al complejo modo en que Rodríguez Salas construye su mundo narrativo. La concepción de la vida como un telar remite de manera inequívoca a la figura mitológica de Penélope, con quien el personaje de Remedios, cuya historia está siendo contada en ese momento, es comparado de manera explícita (32, 35). Las alusiones no sólo mitológicas, sino a universos literarios muy diversos y dispares, son constantes a lo largo de todos los cuentos, referencias que van desde la literatura más universal hasta el espacio local granadino del que procede el autor. El deseo de Rodríguez Salas de situar sus relatos en una compleja red intertextual es señalado de manera explícita a través de los epígrafes que preceden cada uno de los cuentos, procedentes de Ángeles Mora, Federico García Lorca, Katherine Mansfield, Alfonso Jiménez Díaz, Mario Benedetti, José Hierro, Teresa Gómez, Elena Martín Vivaldi, Luis García Montero y Javier Egea.

La intertextualidad en *Hijas de un sueño* no es un mero adorno o alarde de erudición, sino que funciona como elemento estructural de todo el volumen. En concreto, el profundo conocimiento que el autor tiene del modernismo en lengua inglesa, especialmente de la obra de Virginia Woolf y Katherine Mansfield, está sin duda detrás del modo en que algunos relatos penetran en la interioridad o corriente de conciencia de los personajes, como es el caso de «No duerme nadie», «Retales» o «A la vuelta de los sueños». También como si de un texto de Woolf o Mansfield se tratara, Rodríguez Salas utiliza repetidamente diferentes imágenes como elemento evocador y simbólico de significado, a menudo sugiriendo el estado mental e interior de sus personajes: el mantón de manila en «Retales», el viento en «Todas las almas» o la lámpara en el cuento homónimo. Es especialmente importante el uso que se hace de

la luz en muchos de los cuentos, la luz como posibilidad de esperanza, regeneración o vida: la luciérnaga que las tres hermanas ven mientras velan a su madre (52), el sol radiante que acompaña el nacimiento de Federico (59), el amanecer en el Mulhacén que maravilla a Don Manuel (75), la luz de colores de la lámpara rota que se imaginan Lucía y Tina (114), o la purpurina de la legión LGTBI que brilla bajo el sol de Candiles (98).

En algunos casos, los relatos pueden ser leídos como reescrituras más o menos parciales de textos anteriores: es el caso de «Retales» y *Doña Rosita la soltera* y «Miss Brill», de Mansfield; «No duerme nadie» y *Poeta en Nueva York*; o «Doce mariposas» y «Las doce princesas bailarinas», de los hermanos Grimm. En otros casos, las alusiones intertextuales forman parte del proceso de construcción del personaje –como ocurre en «Espejismo» y sus referencias a Hera, Zeus, Mirra y Adonis– o del proceso de construcción de la trama, como en «A la vuelta de los sueños», en el que su narración onírica de viajes en el tiempo y transformaciones de identidad se inspira en la novela *Orlando*, de Virginia Woolf, y en la relación entre ésta y su amante Vita Sackville-West.

En este último cuento la intertextualidad va unida a una fuerte dimensión metaficcional, otro aspecto fundamental de *Hijas de un sueño* y que le otorga un pronunciado carácter postmoderno. Ello nos lleva a otro de los principales logros de Rodríguez Salas como escritor: su capacidad para conciliar lo rural, lo familiar, lo popular, lo cotidiano –desde una perspectiva claramente autobiográfica– con complejas técnicas narrativas que rompen con la linealidad temporal y que ofrecen múltiples, ambiguas y contradictorias posibilidades de interpretación. Si la vida puede ser vista como un telar, la concepción del escritor/a o contador/a de historias como tejedor/a atraviesa toda la tradición occidental, y en los cuentos más metaficcionales y experimentales de *Hijas de un sueño* –«No duerme nadie», «A la vuelta de los sueños» o «Espejismo»– nos encontramos con personajes que luchan por narrar su vida, por tejer su historia, a partir de fragmentos, de hilos que no acaban de formar un todo coherente y unificado. «La vida es como un telar que va tejiendo historias»: el tiempo verbal continuo indica el carácter progresivo, y por tanto, inacabado de la acción. El acto de contar nuestra historia, nuestra vida, es siempre incompleto, no finaliza nunca, incluso después de la muerte: «La aventura empieza cuando mueres» (106), leemos en «A la vuelta de los sueños».

Esta imposibilidad de producir una narración personal inequívoca, lineal y cerrada está íntimamente relacionada con la concepción de la identidad que emerge de estos cuentos, una identidad que, como muestra magistralmente «Espejismo» –con su uso de los símbolos del espejo, la máscara y el antifaz– es siempre inestable, múltiple, performativa. Ello nos lleva a su vez a la cuestión del género, absolutamente

fundamental en *Hijas de un sueño*. Decir simplemente que *Hijas de un sueño* es un alegato contra la violencia de género o una exploración del universo femenino y de las preocupaciones del colectivo LGTBI no hace justicia a la complejidad y sofisticación con que Rodríguez Salas articula aspectos fundamentales de género en el contexto de la sociedad de hoy y la historia reciente de España. Sin duda inspirado por Judith Butler y por otras propuestas postestructuralistas y feministas, Rodríguez Salas desmantela la dicotomía masculino/femenino, poniendo el énfasis en el género como construcción social y cultural, y apuntando a su relación con otros factores de identidad, como la raza –es el caso de «La lámpara»– y la clase social, que es presentado como principio determinante de la posición del sujeto en el mundo a lo largo de todo el volumen, prestando especial atención a la marginalidad y opresión sufridas –durante la Guerra Civil y en la España de la posguerra, pero también en la actualidad– por las más pobres y desfavorecidas. De ahí el clamor de la abuela de que en su casa, después de toda el hambre que han pasado, «nunca va a faltar aceite y jabón» (119).

Y frente a la injusticia, la marginación y la violencia, el poder de las historias. «La vida es como un telar que va tejiendo historias»: «historias» en plural, historias entrelazadas, como las historias interconectadas que se cuentan en este libro. Este sentido de colectividad es evocado por el mismo título de esta obra, *Hijas de un sueño*, que remite de manera clara a la comunidad de mujeres, concebida no de manera excluyente sino, como presenciamos en «Babel», una comunidad que incluye a todas las personas que se resisten a los patrones impuestos por el heteropatriarcado. El libro abre con esta comunidad de mujeres –las tres hermanas que velan a su madre– y es esta comunidad la que cierra con rotundidad el volumen, con un último cuento sobre doce mujeres, doce mariposas, que se rebelan contra la violencia machista en Candiles. Cuenta esta leyenda una voz colectiva femenina que enfatiza la necesidad de transmitir la historia de madres a hijas «para que no caiga en el olvido» (139). Esta voz colectiva femenina funciona como un poderoso y enérgico coro femenino de la tragedia griega, que clama contra la injusticia, que expresa su solidaridad con la valentía de las heroínas. Y esta voz colectiva es la que tiene la última palabra: los hombres dicen que «son patrañas»; «Nosotras sabemos que no» (152). Como lectores/as se nos invita a seguir transmitiendo estas historias y a sumarnos a esta comunidad. Eso es lo que ha hecho Rodríguez Salas en un libro original y conmovedor donde se mezclan el sabor rural, la intertextualidad, los elementos casi mágicos, la metaficcionalidad, la atención minuciosa a los detalles cotidianos y la denuncia social. El resultado es un viaje narrativo en el que el/a lector/a se sentirá también desde el primer momento hijo, hija de un sueño.